

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8534

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚM. 4 Y 58

FRACCIÓN DE SUSCRIPCIÓN.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Fauhourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 186.—A. Administrador, D. Emilio Garrido López.

**LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.**

Lunes 21 de Abril de 1890.

## Salicilatos

### DE BISMUTO Y CERIO

de VIVAS PÉREZ.

Aprobados por la Real Academia de Medicina de Granada, recetados por los médicos y adoptados por los hospitales.

**USAR INMEDIATAMENTE** como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de VÓMITOS Y DIARREAS, DE LOS TÍFICOS, DE LOS VIEJOS, DE LOS NIÑOS, COLERA, TÍFUS, DISENTERIAS, VÓMITOS DE LOS NIÑOS Y DE LAS EMBAZAZADAS, CATARROS Y ULCERAS DEL ESTÓMAGO, ERUPTOS Y PÍOLOS. Ningún remedio alcanzó de los médicos y del público tanto favor por sus buenos resultados que son la admiración de los enfermos.

PRECIOS: En España: CAJA GRANDE, 1'50 pesetas. PEQUEÑA, 2 pesetas.

Cuidado con las falsificaciones porque no darán resultado. Exigir la firma y marca de garantía.

DEPOSITO GENERAL:

ALBENA, FARMACIA VIVAS PÉREZ desde donde se remiten por correo á todas partes enviando 75 cts más por certificado. POR MAYOR: Madrid, M. Garcia y Sociedad Ibero Universal Barcelona, Sociedad Farmacéutica é hijos de J. Vidal y Rivas, de Alomar y Urriach, Cartagena, Alad y Romero German.

De venta en todas las boticas de las provincias y pueblitos de España, Ultramar, Buenos-Aires y en toda la América de Sur.

Depósito al por mayor á los Sres. Fernández hermanos y compañía.

## LA SEMANA ANTERIOR.

Una nueva desgracia—caecida en la pasada semana—hay que agregar al número de las ocurridas en el trayecto de Cartagena á La Unión, por la línea del Tramvía.

La desgraciada mujer que en mal hora descansaba sentada en un muro próximo á la estación halló un fin desdichado, que seguramente comprendió, toda vez que con frangulenta recordada dijo:

«Me muero. ¡Hijos de mi alma!»

Los animalitos microscópicos tan aficionados á las reses de cerda, en los cuales no creía aquel doctor de «El sombrero de copa» por ser excesivamente diminutos, están sembrando el luto en la diputación de Canteras.

Aquellas pobres gentes, que necesitan trabajar diariamente para dar alimento á sus hijos, yacen hoy en el lecho del dolor víctimas de la trichinosis.

Quiera el Cielo salvarlas de la muerte y procuren las autoridades civiles que las carnes de cerda se reconozcan escrupulosamente para evitar accidentes tan desgraciados como el ocurrido en Canteras.

La novena del SSmo. Sacramento ha estado concurridísima.

Todas las noches se han visto invadidas por numeroso auditorio las anchas naves del templo de Santa María, en el que durante la semana, ha hecho uso de la palabra un ilustrado jesuita.

Los pobres enfermos, han recibido en su propia casa la visita de S. D. M. que con la solemnidad que el acto requiere ha salido de las parroquias de la población.

Anunció su última función la compañía ecuestre Alegria; h0 el equipaje, condujo los caballos al muelle y una vez embarcados en el vapor «Bosón» después de permanecer algunas horas en el puerto esperando que el viento aplacase, se hicieron á la mar confiando en que el jueves—lo más tarde—podrían exhibir sus trabajos ante el público de Orión.

Efectivamente, el jueves regresaba á este puerto la compañía, después de miles pe-

ripicias, lamentos angustiadísimos y sustos horribles.

Y ayer por tarde y noche volvieron nuevamente á trabajar en el circo, como si nada hubiera ocurrido, aunque con la diferencia de hacerlo en el escenario, donde pasado mañana cantará Metellio el Trovador.»

Los artistas de Maiquez enmudecieron; es decir, dejaron de hablar y cantar en público hasta ayer en que corregida la compañía, representaron la «Via», el «Certamen», etc., etc.

La semana ha sido de mucho movimiento artístico.

Si no lo creen ustedes la compañía Alegría lo testificará.

J.

## Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior:

DAMASQUINO

### Charada

Ignoro por qué razón  
mi vecina la alcaldesa,  
á la hermana de dos prima  
le llama prima dos tercia.

T.

La solución en el número próximo.

## EL TIGRE DEL MAESTRAZGO

(EPISODIOS SANGRIENTOS)

Como estos días se ha hablado mucho en Valencia de los sucesos del Plá del Pou y Sitos de Burjasot ocurridos en 1837, precisamente la víspera de las fiestas de San Vicente, y se han relacionado con los últimos sucesos, estimamos de oportunidad las siguientes líneas, que recuerdan una de las páginas más tristes de la guerra civil carlo-liberal.

La sangre derramada entonces humea todavía, y por eso cuando alguien imprudentemente la remueve, surge la excitación que acalora los ánimos.

A la puerta de la casa abudía de aquel pueblo había una escuadra de guías que montaban la guardia de honor del cabecilla.

Por el extremo de la calle se vió avanzar á un campesino que caminaba rápidamente, y al llegar junto al jefe de la guardia preguntó por el ayudante de servicio. Entraron al punto á llamarle, y apenas salió le entregó el labriego un pliego que cuidadosamente acababa de descoser del forro de la espalda de su chaqueta.

—Es urgente, mi capitán—le dijo.

—Está bien, voy al punto, espera.

Pasó el ayudante á una estancia inmediata, en la que se hallaban conversando alegremente varios jefes carlistas, un cura equipado militarmente y otros cinco ó seis con el traje de su clase.

En todos los semblantes rebosaba el contento; la cosa no era para menos: Cabrera estaba terminando una audaz carrera por una de las más ricas comarcas de España, y amén de un abundantísimo botín compuesto de dinero, armas y excelentes caballos, sacaba de aquellos pueblos más de mil voluntarios que iban á engrosar las filas del Pretendiente.

Entró en la sala el ayudante y entregó el pliego á su general, retirándose algunos pasos.

Cabrera, que tenía organizado un excelente

servicio de espionajes, confidencias y comunicaciones y que recibía diariamente veinte ó treinta pliegos que le informaban minuciosamente de todos los movimientos de las columnas del ejército, abrió tranquilamente el sobre que le entregaba su ayudante. Rápidamente leyó el escrito, y antes de terminarlo exhaló leno de feroz alegría:

—¡Ah! ¡No hay que perder la ocasión! ¡No han de escapar! A ver, ayudante, que entre el sujeto que ha traído este pliego.

Entró el campesino, que se descubrió respetuosamente, cuadrándose delante de Cabrera.

—Dime,—dijo éste—¿de dónde vienes?

—De Villamarchante.

—¿Cuántas leguas dista?

—Quince, mi general.

—¿Cuándo saliste de allí?

—Ayer tarde.

—¿Y has andado quince leguas?...

—En doce horas, mi general. Me dijo el señor vicario que era urgentísimo, que se trataba de proporcionar una victoria al ejército de la fe y he corrido toda la noche...

—Bien, bien.

—Caire—gritó Cabrera—dése una onza á este hombre. Señores, en marcha al punto. Es preciso abandonar inmediatamente la Ribera del Júcar; el servicio de su majestad nos reclama en otra parte.

Veinte minutos después salía Cabrera del pueblo con sus fuerzas, dejando allí un batallón para que saliera unas horas más tarde custodiando, en su marcha á las montañas, el producto del robo y saqueo de aquella cordería.

Sin descansar un solo minuto marchó la facción de Cabrera en dirección á Ribarroja. Se trataba de sorprender á una pequeña columna del ejército que aquella madrugada debía salir de Liria hacia Valencia para engrosar las fuerzas que se organizaban en la capital para libertar á la Ribera del saqueo de Cabrera.

Diversas veces preguntó éste á sus guías si el Turia era vadeable por más abajo; pero todos le contestaron que era necesario remontar hasta Ribarroja para cruzarle.

Esta noticia contrariaba grandemente al cabecilla, pues le hacía perder más de cuatro horas.

Si el Turia hubiera sido vadeable por Cuarta ó Manises, podía haber batido de frente á la columna del ejército, mientras que así se veía obligado á batirles por retaguardia y la desventaja era enorme.

Los facciosos marcharon sin detenerse en toda la noche.

Cabrera, con su escolta, marchaba á la cola de la partida recogiendo á los indolentes que extenuados de fatiga no podían continuar, y montando á la grupa de la caballería á los rezagados.

A la madrugada les concedió un alto de una hora, que aprovecharon para tenderse á dormir.

Al poco rato, sin preceder ningún toque que pudiera revelar su presencia, puso sus gentes en pie y prosiguió su marcha.

Cruzó el Turia en pleno día: sus confidentes le anunciaron que la columna del ejército había ya salido de Liria al mando del coronel don Mariano de los Cobos y campo atravesado avanzó con caballería apoyado por sus batallones.

Llegó á la Elina, en donde supo que la columna se hallaba descansando en el Plá del Pou y continuó su avance por entre olivos, viñas y algarrobos.

La imprevisión del coronel Cobos, que no contentó con no tener avanzadas y vigías en

su retaguardia, había dispuesto que la infantería limpiara el armamento, costó la vida á muchos valientes.

Sin darles tiempo Cabrera para armar los fusiles, organizarse y resistir el ataque, se lanzó sobre ellos, acochilló á los 85 ginetes que llevaba nuestra columna, y se desbandaron las fuerzas y escaparon dispersas hacia Valencia.

En unas cuevas en donde se extrae la tierra de fregar, dos kilómetros al Noroeste de Burjasot, lograron ocultarse más de cincuenta soldados y algunos oficiales, pero el grueso de la columna cayó prisionero, y los oficiales y sargentos, por el alevoso crimen de servir en el ejército de su patria, fueron condenados por el Tigre á ser pasados por las armas.

En Burjasot juntó Cabrera sus huastas.

Reunió en las afueras del pueblo á los infortunados soldados que habían caído prisioneros y los encaminó á Canavieja, en donde el destino les reservaba días terribles de hambre, frío y miseria, y en donde una buena parte, no pudiendo soportar el cruel trato de los defensores del altar y del trono, habían de morir de hambre y sufrimientos.

Mientras se organizaba este triste convoy, al pie mismo de los Sitos se disponía algo más terrible.

En un grupo, custodiados por la feroz caballería de Cabrera, se hallaban 46 jefes, oficiales, cadetes, y sargentos.

El Tigre del Maestrazgo, siempre sediento de sangre liberal, dispuso sus fusilamientos para aquella misma tarde.

La noticia no sorprendió á ninguno de aquellos valientes; era la costumbre de Cabrera y sabían que al luchar por la causa de la libertad se jugaban la cabeza.

Los capellanes de los batallones, carlistas confesaron rápidamente á aquellos héroes, y cuando el jefe encargado de hacer cumplir la voluntad de Cabrera contaba el número de las víctimas que iban á sacrificarse en aras del absolutismo, halló entre ellos á un niño de catorce años que quería compartir su suerte con la de sus jefes y compañeros.

A pesar de estar acostumbrado aquel faccioso á contemplar toda clase de crueldades, la vista de aquel muchacho le movió á compasión y aunque la orden de Cabrera era terminante, ante la poca edad del cadete quiso hablar con Cabrera, seguro de que le indultaría, y haciendo salir al chico del monte subió con él á los Sitos, en donde se hallaba el cabecilla.

En aquella recia meseta, desde donde se dominan tantas lenguas de hermosa lleria y tantas de hermoso mar, se estaba celebrando un espléndido banquete, con el cual festejaban á Cabrera y los suyos los absolutistas de Valencia y sus inmediaciones.

Al llegar el comandante faccioso acompañado del cadete, Cabrera, de pie, se hallaba brindando por Carlos V y sus defensores cuando frenéticamente aplaudido por sus con-

sales

—¿Se ha cumplido la sentencia, comandante?

—Todavía no, mi general.

Cabrera hizo un gesto de disgusto; seguramente le faltaba aquella noche para terminar la fiesta.

El comandante relató á Cabrera lo ocurrido.

—Mi general—dijo el niño, quitándose el monjón,—perdon. ¡Por mi pobre madre se lo pido!

—¿Eres cadete?

—Si señor, hace dos meses...

—Si quieres ser carlista te perdono.